

Un reino de felicidad para todos.....	94
Ironía contra la cultura griega. La semilla si no se pudre bajo tierra no fructificará llena de belleza	96
Odio a las apariencias.....	98
Guerra a lo viejo. «No he venido a traer la paz sino la división»	99
Soñador y pragmático	102
La superación de la familia de sangre	104
Llegada de la nueva era. El germen de la nueva humanidad.....	108
Jesús era laico, no sacerdote	110
CUARTA PARTE DEL SECRETO	113
<i>La teología de la redención y la cruz es insostenible</i>	115
La difícil entrevista con Pilatos que lo condena sin saber por qué.....	117
La fuerza milagrosa del ser humano	119
La fe laica también hace milagros	121
Contra los afanes del consumismo: los pájaros del cielo y los lirios del campo.....	124
¿Mejor los animales que los humanos?	126
¿Quién es mi prójimo? La provocación de la parábola del samaritano	127
La importancia de lo que Jesús no dice: el tema del sexo	130
Se perdona todo a quien ama mucho.....	133
QUINTA PARTE DEL SECRETO	137
<i>La manifestación de un nuevo poder</i>	139
La revolución del concepto de violencia	140
Jesús quería un mundo menos violento aquí y ahora.....	142
El amor a los enemigos: devolver bien por mal.....	145

Un mundo donde nadie se defiende contra las agresiones del otro	147
La revolución del poder: los últimos serán los primeros.....	148
El manifiesto de la felicidad o la locura de las bienaventuranzas	152
Las Iglesias prefieren a los pobres «de espíritu».....	154
¿Y si fuese verdad que los pobres son más felices que los ricos y los tiranos?.....	156
 SIXTA PARTE DEL SECRETO	 159
<i>El amor que lo perdona todo y el papel de la mujer en el mensaje de Jesús</i>	 161
Jesús, el gran transgresor de la ley	162
¿Es posible vivir como si no hubiera violencia en el mundo?.....	163
Jesús no pudo ser esenio	164
La mujer como metáfora de la libertad	166
La Iglesia traicionó la libertad que Jesús concedió a la mujer	168
El amor por lo que estaba perdido: la oveja descarriada y el hijo pródigo	169
Una historia de violencia	174
En la raza humana priman el poder y la competición.....	176
Un mundo sin necesidad de víctimas expiatorias	179
El gran enigma: el perdón a cualquier precio.....	181
Adiós a las religiones y a los templos. Dios habita en la conciencia de los hombres	184
Una pregunta final: ¿lo comprendió María Magdalena: la primera Apóstol?	187

Agradecimientos

A mi mujer y poeta, Roseana Murray, por las horas que me dejó robarle de mi presencia y por haberme ayudado a descubrir la parte más divina del ser humano.

A mi médico, José Augusto Messias, sin cuyos cuidados este libro se habría quedado para otra reencarnación y por el apoyo intelectual que me ofreció en cada momento.

A mis nietos, Kira y Luis, quienes poseen una sonrisa que me revela lo mejor de la vida.

A mis fieles escuderos, Vanda y Samuel, que me cuidaron siempre con los mimos propios de hijos y hermanos.

Y a mis gatas, *Luna* y *Nana*, que me recuerdan con la fuerza de su cariño incondicional que el ser humano es aún demasiado humano.

Introducción

¿Era Jesús poseedor de un gran secreto? ¿Los Apóstoles entendieron de qué se trataba? ¿De qué modo fue revelando día a día ese secreto que guardaba un mensaje nuevo y original? Pedro, el mayor de los doce Apóstoles, se queja en los Evangelios gnósticos de que Jesús comunicaba a María Magdalena «cosas secretas» que a ellos les escondía. ¿De qué secretos se trataba? El evangelista Mateo, haciendo referencia a que Jesús solía hablar con parábolas, recoge en su Evangelio la frase del salmo 78 en el que se dice: «Revelaré lo que estaba oculto desde la creación del mundo» (Mt 13, 35). ¿Se oculta todavía algún secreto en los Evangelios, los escritos más traducidos del mundo y sobre los que se han publicado millones de libros? ¿Puede aún decirse algo nuevo sobre Jesús de Nazaret, el profeta maldito, que fue crucificado por loco y subversivo? Jesús siempre ha sido presentado como un líder religioso que dio origen a una nueva Iglesia nacida del judaísmo, lo que no es cierto. Jesús no pensó en ningún momento en fundar una nueva religión, ya que él las combatía todas por estar basadas en la violencia y en los ritos sacrificiales, en el dolor y en la falta de libertad.

Analizando, sin embargo, los textos antiguos bajo otra luz se puede deducir que, a pesar de que usaba el lenguaje y la cultura de su tiempo, que eran fundamentalmente religiosos, Jesús mira más lejos. Tiene otras intuiciones que no son puramente religiosas, sino de transformación de la especie humana. Habla a los hombres de su tiempo como si se dirigiera a una sociedad diferente que ha superado las debilidades y los límites de lo humano. Quizá por ello muchos analistas bíblicos suelen afirmar que su mensaje es utópico. En realidad es mucho más que eso. Siempre ha resultado intrigante que tanto las palabras como los actos de Jesús trazan una línea de ruptura absoluta con lo actual. Utiliza paradigmas y metáforas que poco tienen que ver con los hombres normales de a pie y menos con los de su tiempo con los que entra en conflicto. Su mensaje trasciende lo cotidiano y quizá por eso no lo entienden ni siquiera cuando habla con parábolas. Sus propios familiares creían que estaba loco. Las autoridades judías del Templo, las civiles y políticas tampoco lo comprenden y por eso acaban uniéndose para condenarle a muerte. Queda perplejo ante él incluso Pilatos que confiesa no ver en aquel profeta delito alguno. Era sólo alguien diferente de los demás que parecía pertenecer a otro tiempo aún por llegar. Con la mayor naturalidad, hacía afirmaciones que desconcertaban a los poderosos. Era el hombre del antipoder y de la antiviolencia. La paradoja es que los únicos que parecían entenderle o por lo menos intuir su originalidad eran los marginales de la sociedad, aquellos que no tenían nada que perder: lisiados, leprosos, cojos, ciegos, mudos, endemoniados, prostitutas y en general todas las mujeres. Aunque en especial una, la gnóstica Magdalena, que pudo haber sido su compañera sentimental e incluso la madre de sus hijos y a la que los Apóstoles miraban con desconfianza porque sabían que ella conocía los secretos del Maestro que a ellos les escondía.

No es posible analizar los cuatro Evangelios canónicos, los únicos que la Iglesia considera inspirados por Dios, sin tener en cuenta también los Evangelios gnósticos, descubiertos hace poco más de sesenta años, todavía poco estudiados y que el catolicismo rechaza como herejes, quizá porque intuye que guardan todavía secretos no desvelados sobre la verdadera personalidad del profeta de Nazaret y de su doctrina. Los escritos gnósticos pueden ofrecer una lectura nueva de los Evangelios canónicos en lo relacionado con el anuncio de Jesús de un Nuevo Reino. Este concepto, visto a la luz de estos escritos, ya no se refiere a una nueva forma religiosa ni siquiera a una nueva ética superior a la judía, sino a algo mucho más inédito y revolucionario: un salto de la actual especie humana a otra diferente que no se funde en los cánones de la violencia. Jesús sería entonces el encargado de desvelar el flamante rostro de esta humanidad conforme al conocimiento y sabiduría gnósticas y lo hizo en parte en los secretos que reveló en exclusiva a María Magdalena.

LA GRAN INTUICIÓN DE JESÚS: NACERÁ UNA NUEVA RAZA HUMANA

¿Había vislumbrado Jesús que la especie humana se estableció en el principio de los tiempos sobre los pilares de una violencia que sólo puede ser exorcizada con el sacrificio de una víctima en memoria de un asesinato primordial fundador de la cultura humana, según muy bien intuyó el polémico antropólogo francés René Girard? Si ése es el caso esta especie de *Homo sapiens* difícilmente podrá dar el salto por sí misma a una sociedad que se funde exclusivamente en un amor que ya no sea esclavo del deseo de poseer al otro, visto como rival y objeto de codicia; que no necesite de los mecanismos de la violencia y de la riva-

lidad mimética evocada por todos los mitos antiguos, empezando por el de Caín y Abel, que exigía y sigue exigiendo sacrificios y bodes expiatorios. Por tanto, la hipótesis de este libro es que Jesús pudo haber sido un hombre que llegó a intuir que la actual humanidad es y será siempre incapaz de alcanzar la total sublimidad del amor, ya que es violenta en sus raíces, tal y como lo han sido todos los dioses creados y adorados por los hombres. Ésta es una humanidad más egoísta que muchos mamíferos a los que consideramos inferiores y que sólo será diferente cuando paradójicamente deje de ser humana.

La demostración de que el actual ser humano no ha evolucionado mucho en el ámbito de las relaciones, de las emociones y de los instintos es que, a pesar de que se han producido enormes progresos en el campo de la tecnología y de las ciencias, continúa siendo tan depredador y violento o más que el hombre del Neolítico y más egoísta si cabe, con el agravante de que se ha convertido en un ser acumulador. De ahí la idea, defendida hoy por muchos sociólogos y científicos, de que la humanidad actual no podrá cambiar sus paradigmas de violencia y egoísmo sin un salto de especie. Puede mejorar y de hecho en la actualidad el ser humano es mejor que hace sólo unos siglos atrás y seguirá mejorando, como afirmé en mi libro *Proyecto Esperanza* (Aguilar, 2008) pero es imprescindible que dé un salto de cualidad.

Del mismo modo que ocurrió el salto de la especie del mamífero animal al mamífero hombre, la humanidad podría un día sufrir una ruptura cualitativa histórico-biológica de la que resultaría otra especie también inteligente pero no fundada sobre el paradigma de la violencia, sino sobre la reconciliación con los demás. Hoy los científicos en línea con la evolución de las especies no excluyen la posibilidad de un salto de este tipo que seguramente se produciría por una evolución del cerebro, algo parecido a lo que ocurrió en el paso de mono a *Homo*

sapiens. No nos estamos refiriendo a las teorías del transhumanismo ni del poshumanismo. Es más que eso. No se trata de *mejorar* a la humanidad actual, en especial ética y moralmente, sino de dar paso a una especie inteligente nueva que no esté fundada sobre los presupuestos de la violencia personal o colectiva. Y no importa si se alcanza con un salto cualitativo producido por un cambio genético o por la evolución de la ciencia moderna capaz de modificar la actual estructura humana manipulando su cerebro. Lo que está claro es que sin un cambio de especie no seremos capaces de escapar a los malditos mecanismos de la violencia fundadora del mundo, hecho que René Girard no llegó a percibir.

UN DESAFÍO PARA LAS IGLESIAS INSTITUCIONALES

Soy consciente de entrar en un campo minado, ya que las Iglesias se sienten propietarias de una interpretación oficial de los Evangelios y de la figura del profeta de Nazaret y no permiten hipótesis arriesgadas. Llevo, sin embargo, más de cuarenta años interesándome por los estudios bíblicos, desde que estudié Teología en la Universidad Gregoriana de Roma y lenguas semíticas, entre ellas ugarítico, de la que procede el hebreo, en el Pontificio Instituto Bíblico, ubicado en la misma plaza de dicha Universidad. Por ello estoy perfectamente capacitado para proceder a realizar una relectura de los Evangelios que no pretende provocar ningún escándalo inútil —como no lo pretendió mi libro *Jesús, ese gran desconocido* (Maeva, 2002)—, sino que intenta enriquecer la ya profusa literatura existente sobre los Evangelios, uno de los libros más estudiados, polémicos y traducidos del mundo, con un enfoque periodístico para el gran público.

En estas páginas comprobaremos que no hay duda de que Jesús quiebra y desobedece todas las reglas y los paradigmas

de la sociedad. El oscuro profeta de la minúscula aldea palestina de Nazaret parece dirigirse a hombres y mujeres de otra especie humana aún por venir. Quizá él, con la fuerza del amor desinteresado que movía su vida, se sentía un ciudadano de ese nuevo mundo sin violencia de la que acabó siendo víctima inocente e inevitable. ¿Significa esto que según la teoría de este libro Jesús no se dirigía a los hombres de su época, a esta raza humana? De ningún modo. Jesús habló también para nosotros, los humanos violentos y ambiciosos, proclives a usar los mecanismos del amor para nuestro provecho. El ser humano puede mejorar y de hecho algunos, empezando por el propio Jesús víctima de la violencia, han alcanzado la sublimidad del amor por él propuesto. Sin embargo, sus intenciones y miras iban más allá y nos indicó que el gran secreto que estaba desvelando era que aquella locura de un mundo sin violencia no era pura utopía, algún día otros seres humanos, se llamen como se llamen, podrían lograrlo.

Primera parte
del secreto

Los orígenes de Jesús y el anuncio de los misterios que va a revelar

Jesús habla de secretos no sólo en los Evangelios gnósticos, sino también en los canónicos que la Iglesia considera inspirados por Dios. A veces Jesús, que como todo buen judío poseía un gran sentido del humor, se complacía en jugar con los Apóstoles con dichos secretos. Incluso en algún momento les dice que habla a través de parábolas «para que no lo entiendan». Aquel profeta extraño, salido de la insignificante aldea de Nazaret, era muy consciente de haber recibido una especie de iluminación —si sobrenatural o natural no nos interesa en este momento— que los que lo escuchaban difícilmente iban a saber interpretar. No obstante, a lo largo de los tres años de predicación, les desvela algunas claves de su secreto. Sin embargo, el modo en el que se entienden sus palabras es muy variado e incluso permanece oscuro después de dos mil años uno de los conceptos más importantes y misteriosos de su mensaje: la llegada a la tierra de un Reino Nuevo no temporal pero tampoco exclusivamente espiritual, ya que, según sus palabras, está germinando en el mundo.

Los fariseos y los sacerdotes recibirán las novedades de Jesús no sólo con recelo, sino muchas veces con hostilidad. Consideran a Jesús un elemento subversivo que pone en tela de juicio algunos preceptos fundamentales del judaísmo como la sacralidad del sábado. Cuando Jesús les dice que el hombre es más importante que la Ley entonces ellos le gritan: «Ha blasfemado». Por el contrario las mujeres de toda índole como la gnóstica Magdalena, las hermanas de Lázaro (la activa Marta y la contemplativa María), la mujer que sufría de un flujo de sangre, las prostitutas y la adúltera salvada por él de la condena a pena de muerte intuyen que aquel profeta es dueño no de uno sino de varios secretos. Se sienten atraídas por la fuerza de su personalidad, por su casi desprecio por lo que les rodea y que le conduce a alzar su mirada hacia horizontes nuevos, a veces tan nuevos que parecen imposibles para los humanos. Además de las mujeres otras personas como los lisiados, los marginales, los diferentes o los despreciados por el sistema observan que Jesús no es una persona acomodada, un rico fariseo. También él es diferente. No es un profeta más de los que pululaban entonces en Palestina porque tenía una fuerza especial. Su mirada penetraba las personas y los cuerpos y poseía poderes naturales especiales como una increíble sensibilidad al tacto. Valga como ejemplo de esto el día en que Jesús, rodeado de una multitud que lo estrujaba literalmente, pregunta: «¿Quién me ha tocado?». Los Apóstoles casi se ríen. «Pero si te están apretujando todo», le hacen observar. Él sabía, sin embargo, que alguien le había tocado de forma diferente porque sintió sobre su piel como una descarga eléctrica. «Alguien me ha tocado de una forma especial», les responde. Era verdad. Había sido una mujer que sufría un flujo de sangre quien debió tocarle esperando el milagro con una fuerza de fe distinta de los otros que simplemente lo empujaban. Jesús advirtió aquel tacto amoroso y distinto y la curó.

No obstante, nunca sabremos con certeza dónde elaboró aquel curioso profeta, amado y hostilizado a la vez, sus conclusiones sobre las limitaciones de la raza humana y cómo se fue forjando en él una visión totalmente nueva de lo que podría ser la convivencia humana en caso de que un día naciera otra raza diferente que cambiara los paradigmas de la violencia y la competición por los de la solidaridad y el compromiso con sus semejantes.

QUÉ HIZO Y DÓNDE ESTUVO JESÚS DE LOS 12 A LOS 30 AÑOS

Uno de los episodios más oscuros de los Evangelios es el de la formación intelectual y social de aquel profeta que, salido de las sombras de una aldea sin prestigio, es capaz de discutir y polemizar con los intelectuales de su tiempo, con los fariseos y los sacerdotes, una casta a la que él no perteneció. Jesús era en efecto un seglar. ¿Dónde estudió? ¿Era de verdad un gnóstico? ¿Había viajado fuera de Palestina? A este respecto existe un increíble vacío en los Evangelios que los escritos apócrifos han llenado sólo en parte. Ninguno de los cuatro Evangelios oficiales dedica una sola palabra a lo que Jesús hizo desde los 12 años, cuando se pierde en el Templo y su madre le reprende por el dolor que les había causado a sus padres, hasta los 30 años, momento en el que aparece en la vida pública como profeta. En total dieciocho años de silencio absoluto.

Desde hace dos mil años a hoy ese vacío inaudito ha sido el origen de las hipótesis más diversas sobre dicho periodo. Se sitúa a Jesús viajando por la India o por Egipto y entrando en contacto con los magos de su tiempo. Cualquiera situación es posible menos pensar que hubiese podido permanecer todos esos años encerrado en la minúscula aldea de Nazaret, tan insignificante que ni aparece en los mapas de la época. Es más

cuando se hace alusión a ella es para despreciarla: «¿Es que de Nazaret puede salir algo bueno?», se preguntaban los judíos de la época. La primera alusión histórica a la ciudad natal de Jesús (nació en Nazaret y no en Belén), aparece en una inscripción hallada en 1962 y podría datar de los siglos II o IV d.C. En ella se lee: «la decimoctava clase sacerdotal (llamada) Hapissés (establecida) Nazaret».

La arqueología ha proporcionado recientemente más noticias sobre aquella aldea palestina. Parece ser que la fecha de su fundación fue hacia el siglo II a.C. Se trata pues de un poblado que no tenía más de doscientos años en el tiempo en que nació Jesús. La aldea estaba situada a una altura de unos trescientos metros y no disponía más que de una única fuente de agua. Vivía de la agricultura, aunque, al hallarse a cinco kilómetros de una ciudad importante como Séforis, muchos jóvenes de Nazaret encontraban trabajo allí en la construcción. De ahí que los Evangelios apócrifos presenten a José, padre de Jesús, trabajando como peón de albañil, trabajo que muy probablemente fue también el primero de Jesús antes de empezar a viajar.

Los Evangelios apócrifos, de los que nos han llegado unos veinte de los muchos que se escribieron en los primeros siglos de nuestra era porque la mayoría de los cuales fueron quemados o se perdieron, han tratado de suplir cada uno a su modo el silencio de los Evangelios canónicos sobre la infancia de Jesús. No obstante, muy poco o nada dicen sobre Jesús joven antes de comenzar su misión pública. ¿Qué pensar entonces? Los biblistas y los teólogos suelen explicar ese inexplicable silencio afirmando que lo que de verdad interesaba a los evangelistas de la vida de Jesús era en especial su muerte y resurrección. No eran periodistas y por esa razón no tuvieron curiosidad sobre lo que Jesús hizo durante esos dieciocho años, por lo que son un misterio. Si realizamos un examen hermenéutico de los textos resulta difícil pensar que aquel niño, que con 12 años

despliega una buena dosis de rebeldía ante sus padres cuando le recriminan haberse quedado en el Templo sin avisarles, pudiera haber permanecido hasta los 30 años encerrado en una aldea, trabajando como su padre de peón de albañil. De haber sido así no habría estudiado prácticamente nada y no hubiese sabido hablar más que el dialecto de Nazaret procedente del arameo, la lengua común en Palestina en el tiempo de Jesús. No habría estudiado hebreo ni griego, dos lenguas que conocía bien porque en hebreo leía la Biblia en la sinagoga y discutía con los griegos que se le acercaban en el idioma de éstos. Además es imposible que hubiera podido adquirir en la pequeña aldea de Nazaret todo lo que demostró saber más tarde. Sólo alguien que hubiese viajado mucho, que hubiese entrado en contacto con las culturas y filosofías de pueblos más desarrollados intelectualmente que la oscura Palestina, como las de la India o Egipto, podría haber sido capaz de desarrollar un cuerpo de pensamiento tan nuevo y original. El único modo de poder discutir con los fariseos, los intelectuales, los sacerdotes y los políticos de su tiempo era conociendo los movimientos filosóficos y teológicos de los gnósticos. Hasta un fariseo tan importante como Nicodemo, personaje influyente entre los judíos de la época, sintió curiosidad por aquel profeta que a unos fascinaba y a otros escandalizaba y fue a su encuentro una noche para comprobar si era cierto lo que de él se decía. Por los Evangelios gnósticos también sabemos de las conversaciones de alto nivel de conocimiento que, por ejemplo, Jesús sostenía con María Magdalena, también ella una seguidora de la filosofía gnóstica. Asimismo por estos textos tenemos noticia de que los Apóstoles, empezando por el fogoso Pedro, el mayor de los doce, no entendían de qué hablaban y hasta se quejaban de que Jesús comunicase los secretos de aquella sabiduría a la Magdalena, que además era mujer, y no a ellos. En aquel tiempo a las mujeres judías les estaba prohibido estudiar y leer en público las Escrituras.

A JESÚS LE CREARON UNA IGLESIA PARA COMBATIR SUS IDEAS REVOLUCIONARIAS

Curiosamente para poder entender la novedad que Jesús presentó a los judíos de su tiempo bajo el ropaje del Reino de Dios o Reino de los Cielos — que aún hoy los teólogos no acaban de entender del todo — sería preciso conocer lo que Jesús estudió y los contactos que tuvo en esos dieciocho años en los que se forjó su cultura y donde tomaron cuerpo sus ideas tan originales y peligrosas para el *statu quo* de aquella época. Hasta tal punto era así que hay quien ha llegado a decir que para combatirlas tuvieron que inventarle después una Iglesia. Sin duda en su predicación, en las parábolas, en sus discursos y aforismos, en sus entrevistas, Jesús da a entender que su formación humanista y religiosa iba más allá de los límites del judaísmo de su tiempo. Jesús tuvo contacto no sólo con los gnósticos y los esenios sino también con el budismo y con el hinduismo. De modo que con todo aquel bagaje cultural y religioso, así como con sus grandes intuiciones, llegó a tener una visión privilegiada de la fragilidad y grandeza del ser humano; de los agresivos e inhumanos engranajes del poder; de la función que la violencia, de la que él acabaría siendo víctima, tenía y sigue teniendo desde el principio del mundo.

Suele decirse que Jesús no era sacerdote y así era. Tampoco era filósofo ni teólogo y oficialmente ése era el caso. Sin embargo, poseía una mente privilegiada que le hacía leer no sólo en el fondo de las conciencias, sino que era capaz de vislumbrar un futuro nuevo y diferente para la humanidad, tan lejano como se quiera pero no imposible, ya que ésta era una palabra inexistente en su vocabulario. Jesús creía en lo increíble y con su pensamiento rebasaba los límites impuestos por culturas y épocas. Dicen que era hombre de su tiempo. Por un lado así era pero por otro no porque, aunque conocía muy bien

la época en la que le tocó vivir, era capaz de superar sus límites. Suele decirse que ante todo era judío y lo era de nacimiento y de cultura y hasta practicaba su religión pero también la superaba. Le parecían viejas todas las religiones por eso no fundó una nueva. Su visión de la vida, del mundo y de Dios iba más allá de los estrechos horizontes de la religión temporal, generalmente, en competición unas con otras. De modo que por todo lo expuesto anteriormente cuando se encuentra con la mujer samaritana le dice que llegará el día en que los hombres no necesitarán de un templo para invocar a Dios, sino que lo harán «en espíritu y en verdad». Era un judío universal que creía en la capacidad del hombre para dar un salto de calidad, un salto genético que lo colocaría en una nueva dimensión. Su propósito era dirigirse a esa humanidad que lucha por superar los límites de lo humano. De ahí la dificultad de entender aún hoy algunas de sus paradojas.

LA SABIDURÍA DE JESÚS

El catolicismo tradicional ha resuelto el enigma de que Jesús viviera en una aldea oscura de Palestina donde ni pudo estudiar y que de repente a los 30 años se presentara con un enorme bagaje cultural desafiando a los intelectuales de su tiempo, con el hecho de que era poseedor de la «ciencia infusa». Como era Dios, declaran, había nacido con esa sabiduría. En la actualidad es una tesis que rechazan los teólogos modernos y los exegetas, ya que incluso los Evangelios hablan de que Jesús iba «creciendo en edad y en sabiduría». No había nacido pues con esa sabiduría, sino que la fue adquiriendo con el tiempo y con la experiencia y seguramente con los viajes y el contacto con otras culturas y religiones. Su doctrina, analizada a la luz de dos mil años de historia, es todavía hoy una mina de conceptos que se

revelan cada día más originales y actuales, materia de estudio de psicólogos, filósofos, biólogos y psicoanalistas. La exactitud de esta afirmación se ratifica por el hecho de que existen bibliotecas enteras dedicadas en exclusiva a este tema, como la del Pontificio Instituto Bíblico de Roma, dirigido por los jesuitas.

Hoy día los judíos más o menos ortodoxos comienzan a reivindicar la figura de aquel oscuro Jesús de Nazaret al que nunca quisieron considerar profeta y empiezan a verlo como una de las personalidades más eminentes y originales del judaísmo antiguo que sigue teniendo un influjo innegable en la historia moderna.

¿QUÉ SIGNIFICA QUE JESÚS ERA GNÓSTICO?

Los gnósticos, de origen griego, configuraron uno de los primeros movimientos teológicos cristianos más importantes. Sus creencias poseían un fuerte componente filosófico que dio una de las primeras teologías cristianas y su líder era María Magdalena, una gnóstica como Jesús. Los Evangelios gnósticos poseen una concepción del mundo y de los hombres muy diferente, por ejemplo, al de la teología de Pablo de Tarso, que es la que rige actualmente en la Iglesia. Ambas acabaron enfrentándose pero salió victoriosa la teología de la cruz de Pablo y perdió la gnóstica basada en la fuerza del conocimiento. Así por ejemplo los gnósticos sostenían que la raíz del dolor y del sufrimiento en general no era el pecado original sino la ignorancia. El movimiento gnóstico poseía ya entonces un carácter moderno y revolucionario, puesto que insistía en el uso de las prácticas terapéuticas y el renacimiento interior, del conocimiento y del autoconocimiento como percepción íntima. En el Evangelio gnóstico de Tomás Jesús dice lo siguiente: «Que

aquel que busca siga buscando hasta que encuentre. Cuando encuentre se turbará, cuando se turbe, quedará asombrado y gobernará sobre todas las cosas» (Apartado 2).

En la actualidad los teólogos cristianos más progresistas defienden la creencia de los gnósticos de que Dios no era sólo masculino sino también femenino; no sólo padre sino también madre y para ellos la resurrección de Jesús no se habría producido en el orden físico de las cosas sino en el orden simbólico. Asimismo primero los místicos y después los teólogos modernos están analizando el modo en que los gnósticos usaban el simbolismo sexual para describir a Dios. Algunos de ellos han llegado a considerar que la única forma de experiencia de la divinidad es a través del orgasmo sexual. No en vano los grandes místicos del cristianismo, como Juan de la Cruz, Teresa de Ávila o Catalina de Siena, se han servido del lenguaje amoroso y sexual para intentar describir sus experiencias religiosas más íntimas e inefables.

Los gnósticos se atribuyen el privilegio de haber recibido de Jesús, en especial, a través de sus confidencias a la Magdalena, parte de sus doctrinas más secretas, las cuales ni siquiera reveló a los Apóstoles. Fueron algunas de estas ideas las que fascinaron al psicoanalista Carl Gustav Jung (1875-1961), según el cual, ellas expresaban la otra cara de la mente tal y como expresa Elaine Pagels, una de las mayores conocedoras del gnosticismo cristiano. Jung estaba tan entusiasmado con el descubrimiento en 1945 de los manuscritos gnósticos de Nag Hammadi que consiguió comprar unos textos de aquellos cincuenta y dos manuscritos. Éstos se habían hallado en el Alto Egipto dentro de unas ánforas de barro donde los monjes de los primeros siglos del cristianismo los habían encerrado para evitar que fueran quemados por la Iglesia. No obstante, no se conocen aún bien los orígenes del gnosticismo, considerado por algunos una filosofía de origen judío y por otros una influencia

del platonismo griego y de las religiones orientales. Asimismo los teólogos católicos y protestantes se dividen entre quienes piensan que el gnosticismo es la primera herejía cristiana, como Adolf von Harnack, y los que, como Walter Bauer, opinan que los gnósticos eran cristianos en toda su extensión y que ésa era la apreciación de los primeros grupos cristianos en los que las mujeres tuvieron gran influjo.

El gnosticismo probablemente fue la síntesis de varias filosofías y teologías, algunas de origen iraní y constituyó la primera tentativa de dar un cuerpo doctrinal filosófico-teológico a las enseñanzas de Jesús, enfrentándose de cara con la otra concepción teológica elaborada por Pablo que representa casi la antítesis del gnosticismo. Esto pudo ser el origen de los duros enfrentamientos entre Pedro, más gnóstico, y Pablo, más enamorado de la teología de la cruz.

LA IGLESIA TENDRÁ QUE REVISAR LA HISTORIA
DE LOS PRIMEROS AÑOS DEL CRISTIANISMO
TRAS EL DESCUBRIMIENTO DE LOS ESCRITOS GNÓSTICOS

No cabe duda de que el descubrimiento en los años cuarenta de los cincuenta y dos manuscritos gnósticos, aún poco estudiados, va a obligar a revisar la historia de los primeros siglos del cristianismo cuando los gnósticos fueron perseguidos y asesinados y sus obras quemadas. En aquella época el pensamiento gnóstico, menos dogmático que el paulino, había impregnado el cristianismo de los primeros siglos. Esto queda demostrado por la gran cantidad de corrientes de pensamiento que existían antes de que surgiera el «pensamiento único» engendrado por Pablo que se basaba en la teoría de la redención y la salvación gracias a la muerte y resurrección de Jesús. Hoy es imposible interpretar los textos evangélicos, en particular el

Evangelio de Juan, el más gnóstico de todos, sin profundizar en esta teología. A la luz de los textos gnósticos los Evangelios y las enseñanzas de Jesús adquieren una nueva dimensión menos sacrificial y más inspirada en el conocimiento del mundo y de las personas.

Es curioso, como veremos más tarde, que toda la teología basada en la cruz y en el sacrificio voluntario de Jesús para cargar con los pecados del mundo contrasta con el examen de los Evangelios en donde Jesús no se presenta como un héroe que desea redimir a la humanidad de sus pecados. Muy al contrario, tras la lectura de los relatos, queda claro que Jesús no quería morir. Sudó sangre por el miedo que le inspiraba la crucifixión, la pena de muerte a la que condenaban los romanos de la época que invadieron Palestina. Incluso le pide a Dios que le ahorre aquella muerte y cuando ya está agonizando se queja de haber sido abandonado.

En los Evangelios gnósticos la figura de Jesús se muestra muy distinta de la presentada por la teología católica tradicional. Para Jesús, como para los gnósticos, el origen del pecado, del dolor y de los sufrimientos radica en la ignorancia, en el no saber entender por qué las cosas ocurren. Su teología no es la teología de la cruz, sino la de la solidaridad y el respeto por el ser humano. Para Jesús, como para los gnósticos, Dios no creó el mundo perfecto ni es el pecado el que lo corrompe. Lo importante para Jesús es la libertad de los hombres y con ella puede perfeccionar o empeorar la creación. No obstante, esa libertad está por encima de todos los preceptos sagrados. De modo que para entender mejor que Jesús era poseedor de un gran secreto será cada vez más necesario bucear en los escritos gnósticos, misteriosos, de una gran profundidad de conceptos, que ofrecen una visión nueva no sólo del primer cristianismo, sino de la vida y de la psicología humana. Y una buena parte de aquella doctrina gnóstica está presente en las enseñanzas de

Jesús si se sabe leer con otra lógica: la de la novedad y la radicalidad absolutas.

¿CÓMO RECONOCER EN LOS EVANGELIOS LO QUE JESÚS DIJO DE VERDAD?

Una pregunta necesaria antes de adentrarnos en nuestra interpretación sobre lo que se dice en los Evangelios es cómo podemos saber si lo que en ellos está escrito son palabras pronunciadas realmente por Jesús o si hay que atribuir las más bien a los evangelistas, ya que hoy sabemos que los cuatro Evangelios canónicos, Mateo, Marcos, Lucas y Juan, son una mezcla de narración histórica y de teología de las primeras comunidades cristianas. En verdad los cuatro evangelistas no son inocentes a la hora de escribir, ya que lo hacen pensando en los problemas y en las luchas de las primeras comunidades, compuestas en un principio por judíos que seguían acudiendo a la sinagoga. Existe la conciencia de que los evangelistas, cuya identidad desconocemos aunque la Iglesia les haya puesto nombre de autor, modificaron a veces las palabras del Maestro para usarlas contra sus enemigos, por ejemplo, los fariseos que acabaron siendo el blanco de los primeros cristianos al sentirse combatidos por ellos. Sin embargo, en tiempos de Jesús no era así. Muy al contrario los fariseos se presentan como los más interesados y curiosos con el nuevo profeta. Lo invitan a comer en sus casas, discuten con él y lo respetan. Se ha llegado a pensar que Jesús pertenecía a la secta de los fariseos, quienes intentaban cumplir las enseñanzas judías al pie de la letra pero Jesús, que era más liberal acabó polemizando con ellos ya que los consideraba excesivamente legalistas. Asimismo en otras ocasiones cuando los evangelistas se dirigen a los paganos arremeten con dureza contra los judíos por ser los causantes de la

muerte de Jesús. Esta circunstancia explica que, por ejemplo, existan más de nueve diferencias sustanciales entre los cuatro evangelistas al relatar el proceso a Jesús, su muerte y crucifixión. ¿Cómo se pueden justificar esas diferencias precisamente a la hora de narrar unos hechos tan importantes como los de su muerte? Adquieren sentido si entendemos que los Evangelios son más bien una interpretación de los hechos realizada por los evangelistas que los modificaban no para falsificarlos, sino para acomodarlos a su interés en cada circunstancia.

No sabemos los verdaderos autores de los Evangelios ni la fecha en que fueron escritos, aunque existe un cierto consenso en que fue entre el año 60 y 90 d.C. Se desconoce cuál de ellos es el más antiguo. Para unos es el de Marcos y para otros el de Lucas. Pero sin duda el más tardío y el que se separa en mayor medida de la línea de los llamados sinópticos, los de Mateo, Marcos y Lucas que bebieron en una misma fuente más antigua, es el de Juan que, aunque atribuido al Apóstol Juan, en realidad ignoramos su autoría.

Los biblistas siempre han soñado con poder un día descubrir la llamada Fuente Q, o Evangelio Q, que era una especie de colección de más de doscientas frases atribuidas a Jesús que serían más antiguas que los Evangelios y de ellas habrían bebido los evangelistas para escribir sus narraciones. Esta colección se conoció originalmente como *Quelle* (palabra alemana que significa «fuente»), nombre que le dio H. J. Holtzmann en 1861 y que en 1890 J. Weiss abreviaría definitivamente a Q, tal y como hoy se la conoce. Se trata de un documento muy importante que debió desaparecer tras la escritura de los Evangelios de Mateo y Lucas y que fue uno de los textos más antiguos de la primera comunidad judeocristiana. Desafortunadamente no ha llegado hasta nosotros y no sabemos si los evangelistas nos han transmitido las frases literalmente o transformadas por ellos. Tampoco sabemos si los evangelistas hicieron referencia a todas

las frases atribuidas a Jesús o si nos ocultaron aquellas que les pudieron parecer inconvenientes.

VOTAR CON BOLAS DE COLORES SOBRE LAS FRASES DE JESÚS

Los expertos en materia bíblica se han interesado siempre mucho por saber cuáles de las frases que los evangelistas ponen en boca de Jesús son auténticas o no. Por esta razón en 1985 una serie de especialistas en un encuentro llamado Seminario de Jesús se reunieron para discutir y votar qué frases de las más de mil quinientas atribuidas a Jesús eran o no auténticas y en qué grado. Aquel estudio dio origen al libro *The Five Gospels: What Did Jesus Really Say? The Search for the Authentic Words of Jesus* («Los cinco Evangelios. ¿Qué dijo Jesús realmente? Una investigación sobre las palabras auténticas de Jesús»). Se habla de cinco Evangelios y no de cuatro porque fue tomado en cuenta el Evangelio gnóstico de Tomás que se acababa de descubrir.

Los biblistas votaron con bolas de varios colores sobre, según ellos, la autenticidad de las palabras de Jesús. Las bolas rojas indicaban que la frase era original; las violetas que dejaban algunas dudas; las de color ceniza que contenían sólo ideas basadas en una frase original que se perdió y las de color negro significaban que las palabras primitivas de Jesús fueron embellecidas o modificadas por los evangelistas. El resultado final fue que sólo unas veinte frases se consideraron originales, realmente pronunciadas por Jesús tal y como aparecen en los Evangelios. ¿Cuáles son esas frases? Curiosamente se trata de los dichos de Jesús que la Iglesia ha considerado siempre de difícil interpretación, las más duras contra los poderes constituidos, las más enigmáticas, las más sorprendentes como, por ejemplo: «Dejad que los muertos entierren a los muertos». Se trata pre-

cisamente de las palabras y de las narraciones que más vamos a usar en este libro, aquellas que curiosamente confirmarían más que el resto de los Evangelios nuestra tesis de que Jesús proponía una ruptura total con lo existente y de que se dirigía a una posible futura raza de seres inteligentes diferente de la actual, basada ya no sobre la violencia sino sobre la solidaridad, el amor a los enemigos, la aceptación de los diferentes y el respeto por la dignidad de la persona sin distinción alguna de raza, fe, género, etcétera.

LAS PALABRAS CLAVES DEL SECRETO DE JESÚS: SOLIDARIDAD, COMPASIÓN Y PERDÓN

Cada vez que hablemos del secreto de Jesús vamos a barajar toda una serie de palabras que la tradición cristiana ha acuñado y cargado de significados que es necesario decodificar para descubrir el verdadero sentido que Jesús quería darle aunque usase el lenguaje bíblico tradicional. La Iglesia ha impregnado de espiritualismo y de sentido de poder a toda una serie de palabras que necesitan recuperar su significado más original. La dificultad actual de entender el verdadero significado moderno y laico de palabras como misericordia, perdón, compasión, etcétera, radica en que siempre han sido leídas a la luz del comportamiento de Dios hacia los hombres y no de los hombres entre sí. Si Dios es misericordioso es porque él es superior, es mejor que el hombre y demuestra misericordia con él. En resumidas cuentas se trata de una actitud que indica poder. Dios está por encima del hombre. Consecuentemente cuando un hombre perdona a otro, existe el peligro de que se sienta superior como Dios. Lo mismo se puede decir de la palabra compasión. Ha ido adquiriendo dentro de las Iglesias, una connotación parecida a la de la misericordia. Dios es compasivo con el hombre

porque él es bueno y el hombre pecador. Por eso trata sus debilidades con compasión. Del mismo modo sucede con el perdón, Dios perdona ejerciendo el poder que tiene de perdonar, ya que es superior al hombre. Estas y otras palabras como «gracia», «espíritu» y hasta «caridad» tienen que ser leídas en este libro de otra forma. Así cuando el profeta Oseas afirma que Dios quiere amor y no sacrificios se refiere pues a la divinidad, no a los hombres. Dios prefiere que los hombres lo honren con actos de misericordia y no con la sangre de los animales. Estas palabras de Oseas representan un avance pero aún se refieren a una acción de Dios. Esa perspectiva cambia con Jesús cuando hace suya la frase de Oseas «amor quiero y no sacrificios». No se refiere ya a Dios sino a los hombres. Son éstos los que han de mostrarse misericordiosos los unos con los otros sin ninguna connotación de poder. El que ejerce misericordia no es superior al que la recibe. Es una acción de reciprocidad, por lo que en la actualidad su significado sería equivalente al de «solidaridad». Jesús no utilizó esta palabra en concreto pero se refería a ella cada vez que pedía a los hombres que fueran misericordiosos con los demás, no para aplastarles con su superioridad ética, sino porque todos somos hijos de un mismo padre, todos tenemos la misma dignidad y nadie tiene que sentirse humillado o infravalorado por recibir ayuda del prójimo. No se trata de hacer un regalo al otro, sino de ejercer el amor más puro que es desinteresado.

Hoy en día, cuando las Iglesias utilizan la palabra «compasión» —en especial los teólogos de la liberación a pesar de que lo hacen en un contexto progresista—, existe el peligro de ser usada, como la palabra misericordia, en clave de poder no de Dios hacia el hombre, sino del hombre que se siente superior al otro al ofrecerle su compasión. Etimológicamente «compasión» significa sufrir con el prójimo, es decir, ponerse en su lugar para sentir lo que él siente. Eso era precisamente lo que

hacía Jesús cuando decía: «Tengo compasión de estas gentes». No era un gesto de superioridad sino que eran palabras que mostraban su pena por los otros, por sus dolores, sus angustias y sus limitaciones. Las sentía hasta dolerle el alma; experimentaba el dolor ajeno en su propia piel. Jesús llora cuando ve a su amigo Lázaro muerto y ésa es la verdadera compasión, la verdadera amistad.

EL PERDÓN SUPREMO DE JESÚS AL AGONIZAR

La situación anteriormente descrita se repite con la palabra «perdón». Jesús afirma repetidamente que los hombres tienen que perdonarse mutuamente, hasta el punto de hacer el bien a los que te han hecho mal. Todo ello no en clave de poder, como cuando Dios perdona o el sacerdote católico dice que perdona tus pecados porque en estos casos se trata de alguien que tiene un poder superior capaz de perdonar al pecador, al débil. Cuando Jesús usa la palabra perdón tiene otro significado. Habla de una sociedad y de una humanidad en la que todos tienen que perdonar y ser perdonados porque todos ofendemos y hemos de olvidar las ofensas para que no explote la violencia destructiva. No es posible distinguir entre buenos y malos porque todos estamos modelados con el mismo barro: frágil y bello al mismo tiempo.

Así cuando Jesús está agonizando en la cruz realiza uno de los actos de perdón más sublimes: le pide a Dios que perdone a aquellos que le están dando muerte no porque Dios sea bueno y sea capaz de perdonar a los hombres sino que lo pide «porque no saben lo que hacen». Probablemente sí lo sabían pero Jesús llega al extremo de no necesitar perdonar porque no se siente ofendido. Es una realidad que los hombres en infinitas ocasiones se causan mal unos a otros sin saber lo que hacen

o sin conocer el alcance o las consecuencias de lo que están haciendo, por eso siempre tenemos que estar inclinados al perdón. Hoy eres tú el que me ofendes y mañana soy yo. Lo importante es no desencadenar una espiral de violencia y rabia y mostrarnos incapaces de perdonar porque todos alguna vez vamos a necesitarlo, al ser iguales en lo bueno y en lo malo ya que nadie es superior a nadie ni siquiera cuando perdona.

EL TERCER DIOS DE SARAMAGO

Estaba enfrascado en la escritura de este libro cuando hice una pausa para leer el blog siempre estimulante e inteligente del Nobel de literatura José Saramago y me encontré con la sorpresa de un post titulado «Un tercer dios». Saramago desea la invención de un tercer dios al que no le pone nombre y elabora una hipótesis sobre ello. Así, tras la invención del Dios del cristianismo y de Alá, este dios de Saramago tendría una función muy parecida al tema de fondo de este libro. Según el escritor portugués, autor de *Caín*: «Ya que inventamos Dios y Alá, con los desastrosos resultados conocidos, la solución tal vez esté en crear un tercer dios con poderes suficientes para obligar a los impertinentes desavenidos a deponer las armas y dejar en paz a la humanidad». Nuestro libro no anuncia por boca de Jesús la llegada de un nuevo dios capaz de poner fin a la violencia del mundo y de los hombres, de los pueblos y de las civilizaciones, de las familias y de los individuos, pero sí la posibilidad vislumbrada por el profeta judío de Nazaret de una nueva raza humana (sería el tercer dios de Saramago) capaz de fundarse sobre la paz, la armonía y la reconciliación de las gentes en vez de en la violencia, en los holocaustos y en las víctimas sacrificiales.

Saramago, el eterno pesimista, mantiene una cuenta pendiente con el dios terrible del Sinaí, y defiende, como lo hacemos

en este libro, que todos los dioses y todas las religiones, desde el hombre del Neolítico hasta hoy, están impregnados de violencia. No ha habido nunca dioses pacíficos —si se exceptúa el soñado por el gran quijote de Nazaret—, ya que todos ellos, como todas las religiones creadas en su nombre han sido dioses que los hombres han proyectado como espejo de sus miedos. Si no se les obedece estos dioses crean pánico y sentimientos de culpa y anuncian castigos y catástrofes. El pesimismo atávico de Saramago abrió una brecha para el optimismo en ese comentario de su blog del día 21 de agosto, justamente de la mano de un tercer dios por él inventado, como todos ellos, capaz esta vez de imponer la paz en vez de las guerras y las hostilidades. No obstante, su optimismo no es total, pues acaba el blog con una nota de nuevo pesimista: «Lo más probable es, sin embargo, que esto no tenga remedio y que las civilizaciones sigan chocando unas con otras», escribe. El pesimismo del autor de *Ensayo sobre la ceguera* es realista. Las competiciones, las luchas cainíticas, los enfrentamientos y las disputas por el mejor plato de lentejas forman parte de la naturaleza humana y la metáfora creada por Saramago de un tercer dios es como un arco iris en un cielo de tormenta capaz de devolver la paz a la tierra. El mero hecho de haberlo soñado, aunque acabe él mismo por destruirlo como el niño que rompe el juguete recién estrenado, ya es un primer paso en esa búsqueda imposible por un mundo menos manchado de sangre de hermanos, capaz de hacernos vivir en paz con las manos juntas por la solidaridad y el deseo de felicidad para todos.

Saramago sabe que no existen dioses buenos y, hasta ese tercer dios misterioso que acaba de inventar y trae en la boca la rama de olivo de la paz, al final le causa pavor y le pide que una vez que haya traído la armonía al mundo «haga el favor de retirarse del escenario donde se viene desarrollando la tragedia de un inventor, el hombre, esclavizado por su propia creación, Dios».